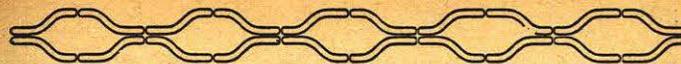


»pies del santo Párroco, recordándole su promesa.»

Algunos días después de la muerte del siervo de Dios, recibimos las siguientes líneas:

«Pido á Nuestro Señor me conceda la gracia de
 »volver á Ars: tengo necesidad de respirar el aire
 »puro de aquella atmósfera. Mientras vivió el santo
 »Párroco, nada me detenía, porque estaba segura de
 »hallar en él consejo y fuerza. Tres ó cuatro veces al
 »año iba á beber en esa fuente viva, y siempre vol-
 »vía animosa para sobrellevar con paciencia y resig-
 »nación cristiana las tribulaciones y penas que halla-
 »mos á cada paso de nuestra vida; siempre salía uno
 »de su presencia con el corazón lleno de fuerza y es-
 »peranza. Hoy me hallo cual barco desarbolado. No
 »es fácil describir el vacío que deja en el mundo la
 »ausencia de tan santo hombre.»



CAPÍTULO VI

De la eficacia de las oraciones del Párroco de Ars.

NO todos los que iban á Ars se confesaban, ni todos llevaban dudas que consultar, ni todos, en fin, recurrían á los consejos del santo Párroco para recibir de él la luz y fuerza que necesitaban; pero todos querían encomendarse á sus oraciones, todos deseaban tener parte en sus sufragios, y esto era porque todos comprendían que su verdadera fuerza estaba en la *oración*. Las personas que le veían con más frecuencia y le trataban más de cerca, estaban convencidas de que Nuestro Señor nada le negaba, y que para alcanzar cualquier gracia no tenía más que pedirla. Esta confianza nacía naturalmente, observando el fervor extraordinario con que rezaba la oración que nos enseñó el Divino Maestro, y que lo comprende todo, desde la santificación del nombre de Dios hasta la humilde petición del pan de cada día. Se notaba, al repetir esa oración divina, que ejercía con ella una fuerza inmensa de impetración.

«Para que yo recobrase la vista—decía un joven

»ciego—bastaría que el Párroco de Ars dijese una »sola vez: *Quiero*.» Muchos inválidos, enfermos y afligidos usaban el mismo lenguaje. Recordamos con placer lo que un honrado paisano del Beaujolais decía cierto día hablando del señor Párroco de Ars y de los milagros que hacía: «Cuando uno es siervo de Dios, »Dios obedece á su siervo... El Párroco de Ars es el »gran siervo de Dios.»

Los hechos que pudiéramos presentar en apoyo de esta creencia son muchos; pero sólo citaremos algunos. Público es en Ars el hundimiento de una vivienda en el caserío de los Guardias, bajo cuyos escombros quedaron sepultadas la abuela y una niña de pocos meses, perteneciente á aquella familia. La joven madre se salvó de la catástrofe, pero estaba como loca de dolor. Corría en todas direcciones al rededor de las ruinas, gritando: ¡*Mi hija! ¡Mi hija! ¡Mi niña muerta!*... y tan vehemente era su pena, que quería quitarse la vida. Cuando la vió su marido correr hacia él, creyó que su desgraciada esposa había perdido el juicio, y que en un momento de delirio había dado muerte á su hija.

Avisóse de esta desgracia al señor Párroco, y al oír la triste nueva, se arrodilló é hizo oración; luego se trasladó al lugar de la catástrofe y echó su bendición. Removiendo luego los escombros, se consiguió sacar á la abuela con algunas ligeras contusiones; pero no se hallaba á la niña, ni se la oía llorar. El santo Párroco oraba, animaba al trabajo de excavación, y daba esperanzas á todos. Se descubrió por fin la niña sin lesión alguna, y se echó á reír cuando vió la luz, pidiendo luego con sus lloros el pecho de la madre.

El venerable Vianney curaba, convertía y consolaba desde lejos por la eficacia de sus oraciones.

Una persona de Ars recibió cierto día carta, en que se le suplicaba interesase al santo Párroco en favor de un enfermo joven, que padecía mucho desde largo tiempo. La comisión fué aceptada, y al evacuarse, respondió el venerable Párroco: *Pensaré en eso*. Pasado algún tiempo, se recibió una carta en la que se decía: «Creemos que os habéis olvidado de »nuestro pobre enfermo; pues si el santo Párroco de »Ars se hubiese interesado por él cerca de Dios, ya »hubiésemos notado sus efectos.» Hízose nueva súplica al señor Párroco, y dió la misma contestación: *Pensaré en eso*. El enfermo se agravaba de día en día, y volvieron á escribir por tercera vez, añadiendo: «Si no se consigue la gracia suplicada, el joven »enfermo se pierde para la eternidad.»

Conmovido con esta lectura, y asustado por las consecuencias que podía tener su negligencia, corrió el corresponsal á casa del señor Párroco y le dijo: «Padre mío, tres veces he venido á suplicaros que os »dignéis rogar á Dios por un pobre enfermo, bien »merecedor de compasión. Debéis haberos ocupado »de él, porque me lo habéis prometido; pero el mal »no desaparece. Os suplico encarecidamente me di- »gáis por qué no quiere Dios compadecerse de ese »infortunado.

—»Dios no puede tener más paciencia; no quiere »que ese joven perezca, y le envía esa enfermedad »para detenerle en sus desórdenes.

—»Padre mío, pedid á Dios, si os place, que le »cure por esta vez, y quedará bien reconocido, si- »guiendo mejor conducta en adelante.

—»Os equivocáis; no será así, sino al contrario: »desea su curación para continuar ofendiendo á Dios. »En este momento se halla murmurando y blasfemando.

—»¿Queréis, padre mío, que le transmita vuestras »palabras?

—»No, porque sólo servirán para irritarle.

—»Pues bien; puesto que es así, pedid á Dios que »aumente sus sufrimientos, y que le pruebe hasta que »se convierta; pero que le dé la paciencia y la resignación que necesite. Que le haga conocer por qué »padece; y cuando le haya purificado, que le reciba »en el Cielo.

—»Os prometo pensar en eso.»

Pasado algún tiempo, llegó á Ars la persona caritativa que tanto instaba y rogaba por el joven enfermo. La única contestación que se había dado á su última carta, fué el consejo de hacer una Novena á Santa Filomena. Se le preguntó cómo seguía el joven enfermo, y contestó: «Hoy padece más que nunca, y »pide á Dios la gracia de padecer más: es un ángel »de paciencia. Los que le han conocido antes y le »ven ahora, se admiran grandemente.»

Las oraciones del siervo de Dios habian conseguido para ese joven una gracia de más valor que la salud: la gracia de hacer buen uso de los sufrimientos y tribulaciones de la vida.

En 1845 cayó gravemente enferma una religiosa del monasterio del Espíritu Santo de Amiens, cuya austera vida tenía alguna semejanza con la del siervo de Dios. Dos médicos, célebres por su experiencia y gran saber, declararon que la ciencia nada podía hacer ya en un cuerpo tan débil y acabado. Conven-

cidos todos de que la enfermedad era incurable, recomendaron la enferma á las oraciones del santo Párroco de Ars; y, pasados pocos días, su curación fué tan perfecta, que para corresponder á tan señalada gracia, se le permitió continuar sus austeridades, en cuyo ejercicio sigue hoy todavía.

El 15 de Febrero de 1857, mi entras predicábamos en Ars la santa Cuaresma, recibimos de una madre de familia las siguientes líneas:

«Estoy llena de inquietud y muy afligida: mi Pepito se halla enfermo de gravedad. Este niño, de tan »buena salud hasta aquí, ha caído con una fiebre violenta, que no le deja hacer ya cuatro días. Se me ha »ocurrido esta mañana la idea de recomendarle á »las oraciones de ese santo hombre, que tenéis la »dicha de admirar todos los días. Espero tendréis la »caridad de recomendarle á sus oraciones de una »manera especial; pues presiento que ni mi marido ni »yo hemos recibido valor para soportar una prueba »como la que nos amaga.»

A continuación dice su marido lo siguiente:

«La carta de mi esposa no alcanzó el correo de »ayer, aunque lo intentamos. Dignese nuestro Dios »tener en cuenta la intención. Ningún cambio ha habido en el estado de nuestro amado enfermo durante »la noche pasada: nos hallamos evidentemente con »una fiebre de carácter muy grave. Que el Médico »Omnipotente mejore las horas y nos guarde este hijo, »objeto de nuestro amor y cariño. Cuando nació, le »consagré á Dios, y Dios sabe que desearía hacer de »él un instrumento de su reino y de su gloria. Le suplico la gracia de conservárnosle con esa condición, »en la seguridad de que nuestro hijo confirmará lo

»que han dispuesto sus padres. Interesad al santo Pá-
 »rroco para que ruegue al Señor por nuestro hijo, y
 »nos alcance de Él su restablecimiento ó la resigna-
 »ción. ¡Oh, Dios mío, cuán difícil es esto si Vos no
 »nos concedéis vuestra gracia!»

Leímos esta carta al señor Párroco, derramó al-
 gunas lágrimas, y prometió una Misa para el día si-
 guiente. Nos encargó escribir á los padres del enfer-
 mo, diciéndoles que tuviesen confianza, y nos dió
 para ellos una medalla de Santa Filomena.

El lunes por la mañana recordamos al señor Pá-
 rroco la promesa, y nos contestó: «¡Oh, amigo mío!
 »Estoy obligado á decir la Misa por este caballero
 »(aludía, al parecer, á un Obispo que llegó á Ars
 »guardando el incógnito); pero os lo cumpliré maña-
 »na, y no será tarde aún.»

He aquí las noticias que recibimos el martes:

«Me apresuro á daros parte de la curación de mi
 »Pepito: digo curación, y no convalecencia, porque la
 »transición ha sido tan inesperada y tan súbita, que
 »de un estado alarmante ha pasado al de una comple-
 »ta salud ayer martes, á las ocho de la mañana. (Pre-
 »cisamente en la hora misma en que el Párroco de
 »Ars decía Misa por él.) El lunes había estado muy
 »malo, y, al parecer, no sufría grandes dolores; mas
 »por la mañana tenía una fiebre intensa y le daban
 »penosas congojas. Yo llamo á esa transformación
 »un verdadero milagro, ó una gracia concedida por
 »manera y con circunstancias tales, que es imposible
 »no reconocer en ella la acción sobrenatural. No se
 »necesita ser médico para ver lo que hay de extraordi-
 »nario en ese hecho.

»Dignaos decir al señor Párroco, á ese santo y

»venerable sacerdote, que Dios le ha oído; que mi hijo
 »se ha salvado; y me atrevo á decir esta palabra,
 »aunque sólo hace un día que obró su transformación.
 »Suplicadle que continúe orando por el alma, como
 »ha orado por el cuerpo. ¡Oh, Dios mío! Yo desearía
 »que orase por el cuerpo con la mira del alma; no en
 »el sentido de que mi Pepito pueda tener jamás un
 »alma más bella que ahora, sino que tenga un alma
 »que quiera consagrarse á la salvación de otras almas,
 »y á la gloria de Dios. Mil gracias á Dios, y mil ben-
 »diciones á su gran siervo y fiel amigo.»

Fué recomendada á las oraciones del señor Pá-
 rroco de Ars una mujer cuyos desórdenes eran afren-
 ta y gran dolor para su familia. Tan pronto como se
 hizo la recomendación, de tal modo se apoderaron de
 ella los remordimientos, que no la dejaban un momen-
 to de reposo. La desesperación la llevó á Ars, y allí
 halló la paz del corazón después de haber hecho una
 buena confesión. Declaró luego que había tenido como
 un presentimiento de que se había hablado de ella al
 santo Párroco, y que éste oraba por su conversión.
 «Tan rabiosa estaba—dice ella misma—contra el Pá-
 »rroco de Ars, que le hacía responsable de los horro-
 »rosos tormentos que padecía, y me parece que le hu-
 »biera yo aplastado si le hubiese tenido entre mis
 »manos.»

También podríamos consignar aquí gran número
 de señores Curas, quienes atestan que, desde que re-
 comendaron sus parroquias á las oraciones del siervo
 de Dios, estaban desconocidas, y formaban verdade-
 ro contraste con las parroquias inmediatas.

Entre la voluminosa correspondencia, de la cual
 hemos copiado algunos párrafos, no pasaba día sin

que llegase multitud de cartas, manifestando el reconocimiento de personas á quienes las oraciones del santo Párroco habían consolado, curado, aliviado y convertido á Dios.

«Mi venerable Padre (escribía una gran señora al salir de Ars, en donde acababa de conseguir su curación): no me es posible alejarme de aquí sin manifestaros mi eterna gratitud. Habéis exigido de mí fe, y, si no me equivoco, la habéis obtenido; sí, creo que vuestra oración ha hecho bajar del Cielo la salud. Así lo he comprendido, pero tenía necesidad de que vos me lo confirmaseis: no olvidaré jamás tan precioso momento, y aquel otro en que habéis dicho que el buen Dios me amaba. Trataré de conservar ese amor, y de que sea el único que llene mi corazón sobre la tierra. Perdonad que haya dicho á mi familia que estoy curada, aunque esta manifestación no agrada á vuestra humildad. Muchísimo siento no recibir vuestra bendición, pero me encomiendo á vuestras oraciones; no me olvidéis, y rogad á vuestro amado Jesús que bendiga todas mis acciones.

»Pienso volver este año para poner á los pies del buen Maestro mi reconocimiento y amor. Os enviaré á mi hijo para que le bendigáis y le comuniquéis la inteligencia de las cosas del Cielo. Ayudadme: sed para mí el puente salvador para la vida.

»Adiós, Padre mío, y amigo de mi alma, que me habéis consolado y alentado; y amigo también de mi familia y de mis hijos, porque les habéis devuelto á su madre.—*Luisa de M.*»

Tenemos á la vista una carta de la Superiora de cierto monasterio de Dublín, en la cual se excusa de no haber escrito antes la curación súbita de una jo-

ven completamente sorda. Su carta termina así: «No puedo expresar la gran veneración que nuestra ciudad tiene al santo Párroco de Ars.»

La Superiora de una Comunidad de Religiosas, en la diócesis de Nimes, dice lo siguiente:

«Tomo la pluma para deciros, con gran satisfacción nuestra, que Santa Filomena ha oído las oraciones de vuestro santo Párroco, y que nuestra querida enferma está en plena convalecencia.

»Una súplica más á la misma Santa, y todos nuestros temores desaparecerán.»

Citaremos algunas aún.

«Permitidme deciros, padre mío, que desde que habéis rogado á Santa Filomena por mi hijo, está mucho mejor; espero que la Santa acabará su obra. Dignaos darle gracias por mí.»

«El reconocimiento me impone el deber de dar gracias á Dios primero, y luego al venerable señor Párroco de Ars. A fin de Septiembre de 1858 le recomendé dos de mis hermanas por medio del Ilustrísimo Sr. Obispo de Belley: la primera, amenazada de una catarata, y la otra afectada de un quiste ó tumor adiposo, ambas muy piadosas y enteramente resignadas á la voluntad de Dios. Hemos hecho la Novena al mismo tiempo por las dos hermanas, y la segunda, que no está con nosotros, no ha sido informada inmediatamente de nuestros pasos, ni de las oraciones que se hacían por ella. Después de la Novena se han disminuído sus dolores, se halla en su estado ordinario y completamente resignada á la voluntad de Dios. En cuanto á Adela, tiene la vista muy buena y fortificada: llena todos los deberes de ama de casa, va y viene adonde quiere, y esto es

»ya un gran beneficio. Esperamos que lo que falta
»vendrá.»

«Vuestra bendición, amado Padre, y vuestras ora-
»ciones han devuelto á mi pobre y querida madre la
»fuerza y tranquilidad. Os damos millones de gracias:
»¡sed mil veces bendito!... Vuestra santa medalla ha
»reanimado mi vida, que se apagaba, y vemos que
»nuestra amada enferma recobra la salud á medida
»de su perseverancia en la oración.»

«Hace cuatro años que ora por mi vuestro santo
»Párroco, y me hallo enteramente transformada: la
»oración hace todas mis delicias. De salud estoy muy
»mejorada: creo que si el siervo de Dios me conce-
»diese el favor de hacer una segunda Novena al In-
»maculado Corazón de María, con seguridad me cu-
»raría completamente.»

«Muchos años ha que deseo visitar á vuestro ve-
»nerable Párroco. La hermana de leche de mi mujer
»ha ido á Ars gravemente enferma; hacía dos años y
»medio que venía padeciendo ataques nerviosos muy
»violentos, y bien sabéis que ahí la dió uno gravísimo
»en la misma iglesia. Pues bien; ha vuelto á casa
»completamente curada, y desde entonces sigue
»bien.»

«Antes deseaba hacer ese viaje para curarme:
»hoy, atribulado bajo el peso de crueles desgracias
»ocurridas en mi familia, y aproximándome ya á los
»sesenta años, quisiera acercarme al santo Párroco
»de Ars para recibir más piedad, más fe, y llegar al
»fin de mi carrera con sentimientos que puedan ha-
»cerme propicio á Dios.»

«Dispensad que os visite por segunda vez: vine la
»primera con los sentimientos del Centurión del Evan-

»gelio; hoy vuelvo con los del leproso curado, á dar
»gracias á Dios, porque ha oído propicio las oracio-
»nes de su siervo. Dignaos dar gracias á Dios, no
»sólo porque ha dado la salud á esta pobre enferma,
»incurable según los médicos, sino porque se hayan
»librado de tan cruel enfermedad las que la cuidaban.
»¡Qué reconocimiento debemos al Señor por habernos
»preservado de tan gran desgracia!»

«¡Gracias por vuestras oraciones y por las del
»santo Párroco! Matilde tenía una fiebre perniciosa
»que nos alarmó mucho, y puso en cuidado al médi-
»co. El día 8, en que habéis hablado de ella al señor
»Párroco, se alivió notablemente; pero el día 9, en
»que aplicó la Misa por ella, desapareció la fiebre
»enteramente. Está, pues, en plena convalecencia.»

